





## LA SEMANA

Tristísimos han sido los días que acaban de transcurrir, y no porque hayamos tenido que dplorar nuevas desgracias ocasionadas por «los progresos de la balística», sino porque durante ellos se han puesto de manifiesto hondas llagas de nuestro organismo social, y el gobierno nos ha dado motivo á nuevas desesperaciones por lo que atañe al porvenir de este país desventurado.

Comencemos por la circular de Maura á los gobernadores civiles. Aunque poseído de horror hacia la prosa oficial, hubo de leerla, por obligación, y concluida la lectura, me pareció que en sus conceptos y en su forma era un plagio... Pero ¿de quién? Largo tiempo estuve recordando, hasta que, por fin, di con el *original*. No hay más: esa circular recuerda los discursos que pronunciaba Robespierre para aterrorizar á sus enemigos. ¡Buen provecho le haga al Sr. Maura!

Otra calamidad en puerta: ya se han entendido Sánchez de Toca y el almirante de España, señor de Beranger, para gastarse mil trescientos millones de pesetas en una nueva escuadra, que veremos flotar dentro de diez años. Según Sánchez de Toca, nuestra misión consiste en darle la puntilla á Inglaterra, navalmente. ¡*Forward with the lanterns!*, que en la lengua del susodicho Sr. Sánchez significa adelante con los faroles, (fa-ro-les).

Abarzuza, dando una prueba más de su afición á la estética resolvió devolver al Islam, y á sus amos, á una desdichada mora, que huyendo de las porquerías marroquíes se había refugiado en nuestro hidalgo suelo y convertido al catolicismo. Pero, entre tanta frailluquería como tenemos por estas tierras, ¿no hay mercenarios, redentoristas ó como se llamen? ¿Para cuándo aguardan redimir cautivos?

Esa *devolución*, como si se tratara de una bestia, y el empréstito que le hemos hecho al sultán de Fez nos acreditará todavía más de lo que estamos á los ojos... de Turquía.

El Sr. Silvea, que no deja de saber en que año fué de embajador á Inglaterra el conde de Gondomar y en que fecha celebró Felipe IV cortes no sé dónde, ignoraba que en Tetuán, sitiada por los *roguistas* hubiese españoles. Verdad es que no eran más que 300 ó 400 incluyendo un centenar de hebreos protegidos, y en su consecuencia se decidió enviar allá, después de haberlo hecho los ingleses, que no perdieron momento en ir á poner en salvo á su colonia, el barquito denominado *Infanta Isabel*, en el cual, en efecto, no cupieron los que debían recogerse á bordo.

Pero no paran aquí las grandes cosas que se le ocurren al Sr. Silvea. Le pone una carta á cada diputado de la mayoría para que no deje de asistir á la reunión de la Presidencia, y luego dice que no se han hecho invitaciones *personales* (!!).

Para completar el cuadro de nuestras bienandanzas héte ahí que unos *mahories* (sería calumniar á los rifeños compararlos con ellos) de un pueblo que se llama Monteagudo caen sobre unos desdichados saltimbanquis que, por desgracia suya, acertaron á pasar por allí creyéndose en Europa y no en una isla de antropófagos de la Melanesia, y la emprenden á garrotazos y coces con aquellos infelices, dejándoles poco menos que agonizando. ¡Oh patria de la hidalguía! ¡Tierra hospitalaria y católica por excelencia!

En la Coruña Mamed Casanovas renueva los felices tiempos de José María, Candelas, Los Niños de Ecija, Juan Portela, Diego Corrientes y demás héroes sublevando á los presos; acudieron los soldados; Mamed I, armado de una barra de hierro impuso condiciones para su sumisión, y todo quedó en paz, sin renovarse las escenas de Vigo, Salamanca, Madrid, Infesto, Jumilla y Almería.

De manera que es una gloria vivir en un país así.

ARGOS

## MEDIO SIGLO DE SOMBREROS



1833



1861



1813

La afición despertada en nuestros días hacia las curiosidades de antaño aumenta á cada instante en vez de decaer y trasciende á las más variadas manifestaciones del arte. Exigimos en el teatro y en la pintura, en la música y en la novela la más rigurosa propiedad, y en su consecuencia, se han visto obligados todos los que de cosas del pasado tratan, á seguir atentamente las «Exposiciones retrospectivas» y enterarse de lo que dicen las historias para no incurrir en las burlas de los críticos y en la indignación de las personas cultas.

Este prurito de exactitud se ha impuesto sobre todo en los teatros gracias á la profundísima revolución introducida en el aparato escénico por el célebre M. Antoine, fundador y director del tan citado *Teatro Libre* (que algunos imbéciles confunden con el teatro libertino, siendo así que significa teatro no oficial, teatro no subvencionado por el gobierno). Gracias á la trascendental reforma de Antoine, ya no es lícito representar las obras con los ana-

crónismos y bárbaras impropiedades que en otro tiempo, por más que no todos tengan medios ó voluntad para poner en escena las obras ateniéndose á la verdad. Aun recuerdo con horror haber visto en el *Licco*, hace veinte años, figurar un telón de fondo, con las Pirámides de Egipto, en el cuarto acto de *Rigoletto*; como vi, también en Barcelona, aparecer el conde de Almaviva, en el final del *Barbero*, con pantalón, capa torera y hongo.

En cambio, en los teatros de París, Londres, Berlín, Nueva York, etc., se observan con el mayor rigor las prescripciones tocantes á la exactitud de la indumentaria; así, por ejemplo, *La Dama de las Camelias*, *La Vida de Bohemia* y el repertorio de Angier son representados ajustándose los personajes al traje del año 48 ó á los del Segundo Imperio. En este concepto prestan inapreciables servicios los figurines, que después de servir de guía para la fugaz última moda se convierten en documentos históricos, que figura-



1852



1865



1851



1856

rán en los museos, como figuran ya hoy los de la primera y parte de la segunda mitad del pasado siglo.

Nada más sugestivo que el examen de esos sombreros, del 1838 al 1888, que reproducimos hoy en estas páginas, hasta el punto de que se diría responde cada uno exactamente al medio social y político en que aparecieron. ¿Quién dirá si no existe acaso como un paralelismo entre las prendas del traje y las instituciones de cada época?

En 1838 predominaba, sin limitación alguna, la alta burguesía, y burgués era el carácter de la moda, así en Francia como en Inglaterra y España. No impedía, sin embargo, el carácter mesocrático de la sociedad imperante que hiciera estragos en ella el romanticismo: era el tiempo de Víctor Hugo y Zorrilla, de Alejandro Dumas y Espronceda.

Hacia 1850, coincidiendo con el advenimiento del bonapartismo al poder, la moda se hace imperialista, militarista; la emperatriz Eugenia impone el miriñaque, y los sombreros son llamativos, como un empenachado casco ó kepis.

Caído el régimen napoleónico, Francia se venga de la derrota propagando modas que simbolizan su afán de desquite: recójese para prepararse á ulteriores empresas, y á medida que va renaciendo la confianza, se ensanchan los sombreros,

se complican, se agigantan, hasta llegar á la apotheosis de 1889, con su famosa Exposición, que vino á ser como la consagración del Renacimiento nacional.

Y lo que hemos dicho de Francia puede aplicarse á España, ya que aquí,—como en el resto del universo,—seguimos ciegamente las modas ultrapienáticas, sin más diferencia que un ligero retraso. A pesar de haber estado el trono ocupado por mujeres, desde 1830 á 1868, nada inventaron ni María Cristina ni Isabel II, antes bien ésta adoptó la invención de su antigua camarera, la condesa de Montijo, á pesar de las protestas de los P. Claret y otros bienaventurados varones.

Hoy parece predominar en nuestra corte la afición á lo alemánico; á las *teresiánas* se ha venido á añadir el saludo tudesco, consistente en llevar el pie algo atrás y dar una patadita en el suelo.

En cuanto á los sombreros actuales, vale más no decir palabra; es ya el desbordamiento de la insolencia, y sin duda se ha acrecentado, juntamente con su tamaño, la paciencia de los hombres, condenados á no contemplar más que cintajos, flores, plumeros, yerbas, pájaros y hortalizas cuando se sientan en el teatro con ánimos de ver lo que pasa en el escenario.

M. MAULEÓN



1841



1871



1878



1885



## EL HALLAZGO

La tía Jacinta, una de las viejas más viejas de Murias del Valle, salió de su casa, como todas las mañanas, para oír misa de alba.

Según su costumbre—la humildad que se había apoderado de su cuerpo y de su espíritu—iba con la cabeza baja y mirando al suelo.

Al dar la vuelta á la cerca de la casa del tío Pantufas el usurero, sus ojos vieron una vieja cartera de badana repleta de papeles.

La tía Jacinta como era un carácter débil se asustó.

Vaciló entre coger la cartera y dejarla como sino la hubiera visto.

Pero después de dar unos pasos volvió atrás y tomó la cartera con la punta de los dedos.

No trató de ocultarla sino al contrario, quería llevarla á la vista de todos, para que nadie la achacara el que hubiera querido esconderla.

La tía Jacinta desde que tuvo en sus manos la cartera de badana preñada de papeles, perdió la paz de su espíritu, su espíritu pobre y humilde, acostumbrado siempre á supeditarse al del prójimo.

Su alma de inocente, de esclavo, de siervo, nunca había tenido una iniciativa.

Primero, cuando niña, fué lo que su madre quiso. Más tarde, cuando casó con el tío Pedro, fué lo que el tío Pedro dispuso.

Si alguna vez se encontraba en posición de elegir, así fuera lo más mínimo, no elegía.

En la lucha que dentro de su alma inválida se entablaba, su voluntad no decidía nunca.

¿Tomaría migas ó sopas de desayuno?

Lucha tal era superior á su energía.

Los días que el tío Pedro no había elegido, la tía Jacinta se quedaba ayunas hasta la hora de la comida.

¿Qué conflicto para la tía Jacinta!

Otra vieja cualquiera del lugar hubiera escondido la cartera en el corpiño.

Ella vacilante siempre llegó así, con la cartera en la mano, hasta el atrio de la iglesia.

Como era casi de noche nadie transitaba por las calles del pueblo y nadie la vio.

De súbito una idea asaltó al pobre espíritu de la tía Jacinta.

¿La robarían el envoltorio?

Entonces lo escondió.

..

Oyó misa temblando. Volvióse á su casa y allí, con mucho misterio, abrió la carpeta.

La carpeta no contenía dinero.

Pero sí cosa que lo valía.

Estaba cuajada de pagarés á favor del tío Pantufas el usurero, el vampiro del pueblo.  
 Cuando la señora Jacinta se encontró con aquello, cuando estuvo convencida de lo que era y de quien era aquello, su corazón latió con fuerza, con ímpetu extraordinario.

Aunque era muy sencilla de entendimiento, la tía Jacinta no dejó de comprender que tenía en las manos la felicidad de mucha gente.

Allí había escritos de muchos vecinos suyos.

¡Cuanto darían algunos, cuanto darían todos los firmantes de aquellos documentos por no haberlos firmado! ¡Pero qué hacer si la necesidad obliga!...

Si ella cogiera aquella cartera mugrienta llena de veneno y la echara á la lumbre que ardía en el hogar haría la felicidad de muchos, de muchos que habían ya dado al tío Pantufas cien duros por uno; que habían entregado el sudor de años por el pan de un día.



En esto estaba la Jacinta cuando acertó á entrar en la casa la tía Manolita.

—Buenos y santos días nos de Dios, —dijo Manolita entre sollozos.

—¿Qué le pasa cristiana?—contestó la tía Jacinta que había ocultado la cartera.

—¿Qué pasa?—replicó Manolita.

Y contó una historia que arrancaría lágrimas á una piedra... Miseria, enfermedades, y para colmo que el tío Pantufas amenazaba con el embargo si en aquel mismo día no se le pagaba una deuda que se había contraído en un momento de angustia: un puñado de pesetas que se habían convertido en un montón de duros.

Salió la tía Manolita y la tía Jacinta se quedó reflexionando.

Tenía en sus manos la felicidad de muchos de sus vecinos.

Lo mismo que la mujeruca que acababa de salir estaba la mayor parte de las familias de Murias.

El tío Pantufas se sorbía poco á poco la sangre de todo el pueblo.

El no derramaba el sudor de su frente sobre la tierra, porque nunca la trabajaba; pero vivía mejor que todos acudiendo con unas pesetas y un papel donde la necesidad podía responder con una tierra ó un par de mulas.

La lumbre seguía encendida, las llamas de los treros subían lamiendo las paredes del hogar, la tía Jacinta pensaba en la cartera y en las lágrimas de la tía Manolita.

De pronto se oyó un pregón en la calle, se ofrecía un hallazgo á quien hubiere encontrado una cartera de tales y cuales señas.

La tía Jacinta iba á decidirse una vez en la vida, iba á echar la cartera al fuego.

Pero entró el tío Pedro, el cual se enteró del asunto, cogió la cartera y fué á casa del tío Pantufas á devolvérsela á su dueño á cambio del hallazgo.

TOMÁS CARRETERO

(Dibujos de F. Covisa)

## PÁGINAS HISTÓRICAS

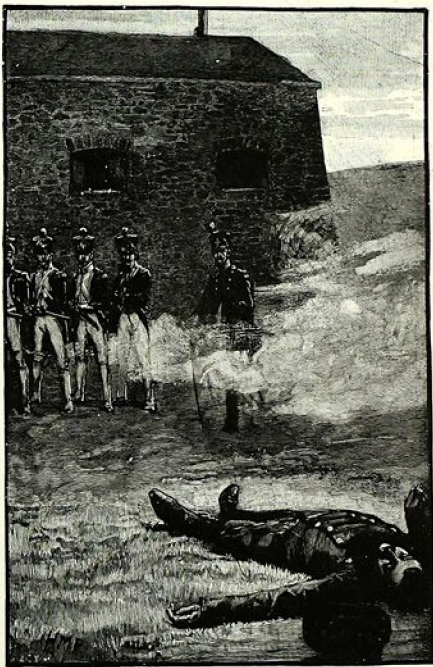
En 1804 Bonaparte, nombrado Primer Cónsul vitalicio, se hallaba en la plenitud de su poderío; reinaba la paz en Europa, y el vencedor de Marengo se preparaba á proclamar: *se Emperador de la República Francesa (sic)*.

Así las cosas hubo la policía de descubrir un nuevo complot que se tramaba contra él; el plan consistía en apoderarse de su persona, al dirigirse á la Ópera. Andaban en el ajo el célebre Jorge Cadoudal; el antiguo general republicano Pichegru, que desterrado por el Directorio á Sinnamary (Cayena) había logrado escaparse y desembarcar en Normandía. Figuraba asimismo, causando general estupefacción, aquel habilísimo y valiente general Moreau, que después de haber prestado á la República inmensos servicios y demostrado valer más que Bonaparte, tenía que volver las armas contra su país pasando al servicio de Rusia. Pero lo que más enfureció á Bonaparte fué saber que también estaba comprometido en el atentado *un príncipe de la casa de Borbón*. Era verdad, pero Napoleón no sabía de que príncipe se trataba, y así recordando que el duque de Enghien (hijo del Príncipe de Condé) vivía en Ettenheim, Gran Ducado de Baden, á 12 millas de la frontera francesa, violando todos los preceptos del derecho internacional y atentando contra el derecho de gentes, envió un destacamento á que se apoderase de él. Los soldados procedieron al rapto del desgraciado príncipe y lo condujeron á la fortaleza de Vincennes (14 de marzo). La misma noche se constituyó un consejo de guerra formado por seis coroneles, y Enghien fué condenado á muerte, *sin pruebas*, siendo ejecutada la sentencia al amanecer.

El príncipe comprometido era el Conde de Artois, á quien no se le había visto el pelo en Francia.

La corte de Rusia vistió de luto, y el Austria se preparó para la guerra. Napoleón fué elegido emperador por 3 millones y medio de votos contra 2,679, pero desgraciadamente para él, subía Pitt al ministerio inglés, y organizaba rápidamente la coalición europea.

Es de saber que durante las terribles horas que pasaron desde la llegada de Enghien á Vincennes hasta su fusilamiento, cuantos rodeaban á Bonaparte hicieron los más desesperados esfuerzos por salvar á aquel inocente, pero todo fué inútil. Bonaparte no se dejó enternecer por las lágrimas de Josefina y sus camaristas, ni quiso escuchar las frías consideraciones de Talleyrand al hacerle presente las consecuencias que podría acarrear aquel infame crimen. Bonaparte se dejó ver entonces cual era; como un simple *condottiere*, sin conciencia, ni remordimientos, ni freno alguno, humano ni divino. Sus procedimientos de bandido se habían hecho ya patentes al robar de su palacio del Vaticano al anciano y venerable Papa Pío VI, sacado violentamente de su alcoba y encerrado en un coche para ser conducido prisionero á Francia. Tales eran los medios de que se valía aquel odioso tirano para satisfacer su desatendida ambición.



FUSILAMIENTO DEL DUQUE DE ENGHEN



OGEDOR, dibujo de Félix Menckley



COGIDO, dibujo de Fairfax Menckley

# EL RELOJ DESPERTADOR

D. Rufino Beleño es el hombre más dormilón que puede imaginarse. Baste decir que las marmotas son dormilonas de teta comparadas con él.

Gran trabajo le costó siempre levantarse temprano para ir á la oficina, y no pocas amonestaciones hubo de recibir por su escasa puntualidad.

—¿Cómo no ha venido usted antes?—le preguntaba su jefe todos los días.



—Porque se me han pegado las sábanas,—contestaba D. Rufino.

—Pues lo del pagado le va á traer á usted cola. ¡Ni por esas! Beleño reincidía en sus retrasos por culpa del maldito sueño, sin poder evitarlo por más que lo procuraba.

Cierto día fué á casa de un acreditado relojero.

—¿Tiene usted despertadores fuertes?—le preguntó.

—Sí, señor; los que tengo no se rompen ni á tiros.

—Quiero decir de timbre que suene mucho.

—Precisamente acabo de recibir unos relojes alemanes que á la hora que usted quiera despertar le toca la Overture de Tanhauser.

—¿Y no los tiene usted con descargas de fusilería?

—Sí, señor; uno me queda.

—Pues ese es el que yo necesito.

El industrial sacó, envolvió y cobró el relojito sonoro y D. Rufino cargó con él más contento que unas pascuas.

Llegada la noche, D. Rufino preparó su despertador, y á la mañana siguiente...

...se levantó más tarde que nunca. El nuevo reloj no consiguió otra cosa que alarmar á la vecindad. Para su dueño la descarga resultó un suspiro.

La contrariedad que sufrió con esto D. Rufino

fué tremenda. Tenía un disgusto definitivo en el Ministerio y bajo esta impresión estuvo todo el día, hasta que, de regreso á su domicilio, se encontró á su antiguo amigo Perico Bertoldínez, quien pronto conoció en Beleño la contrariedad que le dominaba.

—No puedo remediarlo.—le dijo D. Rufino.—Para mí no hay despertadores posibles.

—¿Pero no te llama la portera?

—Sí; pero como si no; porque maquinalemente le tiro á la cabeza una zapatilla ó la palmatoria, la mujer se enfada y no me vuelve á llamar. Es decir, después me llama... no quiero decirte lo que me llama.

—¿Y un reloj?...

—No hables de relojes. He comprado el que suena más en todo Madrid y despierta á los vecinos; pero á mí me arrulla.

—Pues, mira, Rufino, á mí me estuvo sucediendo lo mismo que á ti, hasta que adquirí un despertador de efecto rápido y seguro. Si tuvieras uno así, antes de salir el sol ya estarías despierto.

—¿Y cómo es ese reloj?

—Verás. Tiene unas manos bastante negras, pero muy bonitas. Y aunque dicen que vale más por fuera que por dentro, porque le falta un tornillo, el caso es que andando no he visto nada mejor. ¡Vaya un modo de andar!... En fin, chico, da la hora.

—¡Toma! como que esa es su obligación. También dará las medias.

—No; esas las doy yo.

—¿Y los cuartos?



—También.

—¡Qué raro! ¿Y se adelanta?

—Bastante.

—Pues tócale al registro.

—¡Hombre, no seas atroz!  
 —¿Acaso temes romperle algo?  
 —Eso no.  
 —¿De modo que es una alhaja?  
 —¡Ya lo creo!  
 —¿De repetición quizá?  
 —Eso sí que no lo sé.  
 —¿Pues no le tienes al lado toda la noche?  
 —No. No entra en mi cuarto hasta las siete, que es cuando me tiene que llamar.  
 —¿Con el timbre?  
 —Con el timbre... de su voz.  
 —Pero, chico, ¿de qué me estás hablando?  
 —De mi despertador; de Rosario, que es la doncella, ¡una sevillana capaz de volver loco al verbo cuanto más de despertarle a tiempo! ¡Vaya una mujer!...  
 —¿Conque ese es tu relojito?  
 —Sí, Rufino. Y dudo de que le haya más eficacia.  
 —¡Dichoso tú! ¿Y no me le podías prestar por una temporada? Tengo necesidad de ser madrugador. Tú eres buen amigo mío y no querrás que me dejen cesante estando en tu mano mi puntualidad.  
 —Si solo es por unos días...  
 —Únicamente mientras me congratulo con el jefe.

Al día siguiente pasaba Rosario a prestar servicio a casa de D. Rufino en calidad de despertador.

El primer día llegó Beñeño a la oficina cuando todavía no habían acabado los porteros la limpieza del despacho.



El segundo día D. Rufino llegó al Ministerio más tarde que nunca.



El tercero no fué a la oficina. Extrañándole a la portera la tardanza del inquilino en salir, subió al cuarto, miró por la cerradura y vió que D. Rufino besaba las manecillas del reloj despertador.

El cuarto día el pobre señor devolvió el reloj a su amigo, con una carta que así decía:

«Querido Perico: Tu reloj espabila demasiado, tanto que acaban de enviarme del Ministerio la cesantía. Está visto que para mí no hay relojes posibles. Te devuelvo el tuyo. Lleva cuerda para rato.

Tu agradecido y dormilado amigo,  
*Rufino Beñeño.*»

JUAN PÉREZ ZUÑIGA

## GOTAS

Te miré en la iglesia ayer y por ahí has propalado que te voy a pretender, sin fijarte en que al mercado van muchos tan sólo a ver.

Hablando en la soledad conmigo mismo, me he dicho: ¡con cuanta facilidad se torna un leve capricho en cariño de verdad!

Un admirador ferviente de Sócrates, se quejó de que muriera inocente y el sabio le preguntó: ¿Me quisieras delincuente?

¡Qué galantes nos creemos cuando a una joven cedemos el asiento en el tranvía! En cambio, a una anciana vemos y ¡adiós la galantería!

De mi pecho en el altar tu imagen llegué a erigir y, ante ella, aprendí a rezar cuando me voy a acostar, cuando me voy a vestir.

Menor el número fuera de las que venden caricias si el hombre no cometiera y el mundo no consintiera señaladas injusticias.

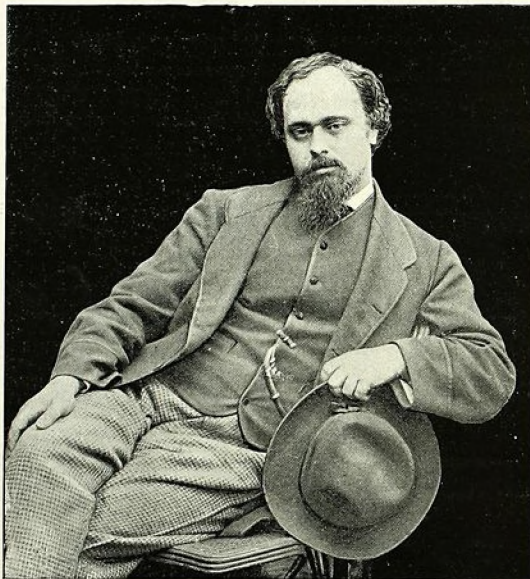
MAMERTO PÉREZ SERRANO

## LOS GRANDES ARTISTAS DEL SIGLO XIX

DANTE GABRIEL ROSSETTI

A pesar de ser este nombre tan poco conocido de la generalidad, es el de uno de los hombres que más han influido en las modernas corrientes del arte y de las letras; pocos revolucionarios habrá, en efecto, que hayan determinado un trastorno en la esfera política, como la transformación que en la Estética han llevado a cabo los *Prerrafaelitas* y sus continuadores.

El prerrafaelismo apareció en Londres a mitad del pasado siglo; varios pintores, como Hort. Mil-



DANTE GABRIEL ROSSETTI

lais, Rossetti y algunos más concibieron el arte desde un punto de vista muchísimo más noble que sus antecesores, pero sin precisar bien en que consistía, cuando tuvieron la suerte de encontrar en John Ruskin el grande é incomparable definidor del nuevo Arte.

Distínguese éste por estar impregnado á un tiempo de poesía y realidad, y precisamente por esa pasión extraordinaria de lo real llega á alcanzar tan poderosos efectos poéticos.

Rossetti, como Madox Brown, Burne-Jones, Millais, Hughes, Hunt, Alberto Moore y demás, fueron verdaderos poetas de la paleta, asemejándose en este concepto á Swinburne, pero además también fué poeta, en verso, Rossetti, en cuyo concepto, precisamente, es mucho más conocido que como pintor. ¿Quién no ha oído hablar, cuando menos, de *La Damsela bendita*, esa balada clásica de la que han salido tantos

millares de pinturas *liliales*? La influencia de Rossetti se dejó sentir de un modo extraordinario.—de igual manera que la de Ruskin,—en el célebre William Morris, que ha sido el principal promotor de esa transformación en el arte decorativo que conocemos hoy con el vago nombre de *modernismo*.

Como pintor, Dante Gabriel Rossetti pintó grandes composiciones decorativas sobre asuntos históricos y especialmente caballerescos, pero son contados los que pueden admirarlos, pues se hallan en posesión de ricos coleccionistas, que los guardan celosamente; de manera que ni aun mediante la reproducción por el grabado es fácil hacerse cargo de ellas. Sábese no obstante que son un prodigio de sentimiento, así como de acabadísima ejecución y brillantéz de colorido.

El ilustre artista de quien hablamos era hijo de una familia italiana, refugiada en Inglaterra á causa de las persecuciones políticas de los tiranuelos que allí imperaban desde que los tratados de 1815 les colocaron en aquellos tronos, en su mayor parte minúsculos. Su vida era muy retirada, y estaba por entero consagrada al culto del arte. Hoy es en Inglaterra objeto de una devoción extraordinaria, no habiendo entre los demás prerrafaelitas quien llegue á la altura á que se ha colocado al autor de la *Blessed Damsell*.



En el pueblecillo de B., donde residía por consejo del médico para reponer mi quebrantada salud, me aburría soberanamente. Un día de los más calurosos de aquel verano, me decidí á dar un paseo por los alrededores del pueblo en los que, según voces, era muy abundante la caza. Caléme un ancho sombrero de fieltro, cogí zurrón y escopeta, y con mesurado paso salí del lugar, internándome por un espeso bosque, palacio florido de la Natura. Sin ánimo de divertirme, solo para distraer mi ocio, me senté á la sombra de un corpulento roble, cuando repentinamente se levantó casi á mis pies una soberbia liebre á la que descerrajé un tiro sin tocarla; empeñado en cobrar aquel hermoso ejemplar seguí su rastro, y trepando con ardor por entre matorrales, y abriéndome paso con mi cuchillo de monte por breñas y zarzales, no sé lo que habría durado este ojeo, á no detenerme la silueta de un ruinoso castillo cuyos espesos y seculares muros eran bañados por las turbias aguas de un atronador torrente, hijo de las nieves de la montaña, y que se perdía saltando por entre riscos, hacia el interior de la selva sombría. Quedéme parado á la vista de la granítica torre, y abismado la contemplaba, cuando una pesada mano posóse sobre mi espalda sacándome de la atonía en que estaba sumido. Volví la vista hacia el intruso y vi que era un leñador que apoyado en su hacha me dijo con brusco acento: —Caballero, dispensad mi franqueza, más al veros solo por estos parajes se me figura que os habéis perdido y quizá ignorais la trágica leyenda de este castillo cuya rola vista causa pavor á los sencillos comarcanos al mismo. —Buen hombre, estais en lo cierto; forastero en el país me he internado por estos solitarios lugares siguiendo la pista á una liebre é ignoro completamente la leyenda que encierra este torreón; si vos fuérais tan amable en referirla la oiría gustoso. No repetí mi pretensión, me invité á que tomara asiento sobre un centenario castaño que tronchado vacía en tierra, y encendiendo su pipa, díjome: —Perdonad si mi lenguaje no es el más poético para referiros la historia; rústico soy y me atengo solo á los hechos. En este castillo habitaba á principios del pasado siglo un noble señor llamado el conde de Peñafría; era este castillo su residencia favorita y nada faltaba en él para pasar feliz la vida. El señor conde era viudo y fruto de su matrimonio quedóle una hermosa hija llamada Blanca, dulce como una paloma, tierna como un pajarito. Blanca tenía por única diversión pescar todos los días por sus extensos dominios, con *Piramo*, su caballo favorito, negro como la noche, de sedosa piel y crespas cabellera que flotaba como la bruma cada vez que el noble corcel emprendía rápida marcha llevando orgulloso sobre su espalda á aquella niña, más bella que las flores de mayo. En sus cotidianos paseos conoció la condesita á un cazador furtivo, y su virgen corazón latió con violencia impulsado por el amor... Desde aquel instante fué el áspero sitio punto de cita para los amantes, y allí sin ser vistos de nadie se juraban una y mil veces amor puro y leal. El conde que idolatraba á la dulce Blanca, supo por un montero los secretos amores de su hija y desde tan aciago día la privó de salir á caballo, encerrándola en los espesos muros del castillo donde lentamente moría de amor la infeliz doncella. El cazador furtivo, al saber la terrible desgracia que pesaba sobre su amante, juró arrancarla de aquellos sombríos muros, y decidido, la escribió un apasionado billete diciéndole que la primera noche de luna, se encontraría él bajo la reja de su camarín para raptarla, siendo la señal, tres arpegios de su lira; si no se asomaba vería ella al siguiente día bajo los muros del castillo su ensangrentado cadáver. A pesar de la activa vigilancia de que era objeto Blanca, consiguió por un criado fiel poseer el billete, y estaba devorando su contenido cuando llegó el conde que,

ciego de ira lo estrujó entre sus manos, encerrando á la infeliz Blanca á pesar de sus lágrimas en oscura celda.

..

Llegó por fin la primera noche de luna; en el éter brillaban tímidamente algunas estrellas; la soledad y el lugubre silencio del paraje era interrumpidos por el viento que silbaba al chocar con las ramas de los árboles; los buhos que tenían sus nidos en las rajaduras de los torreones graznaban fatídicamente. El ajimez del camarín de Blanca, daba sobre el espumoso torrente, defendiendo la fortaleza enhiestas rocas casi inaccesibles á planta humana. Destrozadas las manos, agobiado por la fatiga consiguió salvar aquel sitio el enamorado doncel. Al hallar pie firme limpióse el sudor que corría por su rostro, y transido de amor y esperanza hizo vibrar en su lira dulces arpeggios que la juguetona brisa llevaba al oído de su amante; cada arpegio era para la desgraciada doncella un puñal que rasgaba su corazón. Desesperado el galán esperó ¡más fué en vano! la reja no se abría; desfallecido, al fin, ardiendo en su alma la llama de los celos, destrozó la lira y clavóse en el corazón la afilada hoja del puñal. El primer rayo de la aurora iluminó al siguiente día, el cadáver del desgraciado y valeroso doncel tendido en la escarpada roca, y á sus pies destrozada, había la lira que tantas veces vibró sonora con dulces arpeggios. Cuando Blanca supo el triste fin de su amante perdió la razón.

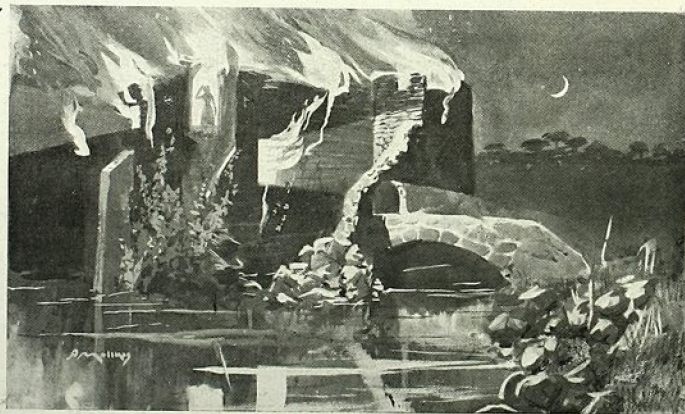
..

Pasaron los días y los meses, y una noche horrible, iluminaron estos lugares solitarios las rojas llamas de un incendio; era el señorial castillo de Peñafría que ardía siniestramente por los cuatro lados, saliendo por almenas torreones y ajimeces lenguas de fuego, que consumieron en poco tiempo aquel soberbio edificio. De aquella tragedia nadie salvó á excepción de Blanca, que suelta su rubia cabellera que flotaba por sus espaldas, reía y saltaba por entre los humeantes escombros llamando con fatídica voz á su amante. Rendida al fin, destrozada su alma por tantos horrores, se abalanzó resuelta al caudaloso torrente desapareciendo entre sus turbulentas aguas aquella preciosa existencia. Todas las noches al sonar fúnebremente las doce, se oyen dentro de este castillo tres dulces arpeggios; dicen que son ayes de dolor de dos almas que se buscan y no pueden encontrarse nunca. Esta es la verídica leyenda de «La loca del castillo», díjome el honrado leñador.

..

Ya las sombras del crepúsculo vespertino oscurecían á la tierra, cuando me despedí de él; puse unas cuantas monedas de plata en sus manos, y marchéme, fijo aun mi pensamiento en aquellos desgraciados amantes.

RAFAEL HOMEDRS MUNDO



# PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 73.º de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA AZUL

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

*El asesinato del Puente Rojo*, por Carlos Bárbara.

*Magdalena la Mendiga*, por L. Jacolliot.

*El tesoro del pirata*, por L. Stevenson.

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacolliot.

*Orso*, por Enrique Syenkewicz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

*Las lágrimas de Juana*, por Arsenio Housaye.

*La necesidad del crimen*, por Julio Perrin.

*Una orgía de sangre*, por A. Vigny.

*Los caballeros de la Cruz*, por Enrique Syenkewicz.

*El secreto terrible*, por Adolfo Belot.

*Solos*, por Pedro Zaccane.

*La Salamandra*, por Eugenio Sué.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

Hemos recibido el pequeño portafolio de vistas de Madrid con que Blanco y Negro obsequió a los congresistas médicos en la visita que hicieron a la casa del popular colega, y no es menester decir, tratán-

dose de un trabajo salido de sus talleres que es tan lindo como elegante.

Satisfecho puede estar nuestro distinguido colega *Diario Universal* del magnífico cartel anunciador del mismo, dibujado por el notable artista J. Ceclio Pla y admirablemente litografiado en los talleres de E. Portabella y C.ª de Zaragoza. Con decir que el cartel es digno del periódico queda hecho su mejor elogio.

La magnesia efervescente granular de San-Imol debe hallarse en el pafiol de un capitán diligente.

## TARJETA

Petra Lara

Formar con estas letras, debidamente combinadas, el título de una zarzuela en un acto.

A. CABAÑOVAS

No busquen tres pies al gato para callos combatir; apelen al callicida del doctor LADIVONSIM.

## LABORDE Y GAMBETTA

La Sociedad de autopsias mútuas de París, acaba de perder a uno de sus miembros más distinguidos, el

Dr. Laborde, al que se le ha practicado la disección del cerebro, según práctica común a todos los socios que mueren.

Como quiera que el Dr. Laborde fué, así como Gambetta, uno de los socios fundadores, se recuerda, a propósito de estos dos nombres ilustres, una anécdota curiosísima.

Cuando murió Gambetta, fué el Dr. Laborde el miembro que designó la Sociedad de autopsias mútuas para analizar la materia cerebral del difunto. Fué Laborde a Ville d'Avray, abrió el cráneo de su compañero, y envolviendo el cerebro en una servilleta, se lo llevó a su casa donde lo metió en seguida, para conservarlo, en una solución de sulfato de zinc.

Pero... al día siguiente recordó con desesperación que, en medio de su pena por la muerte del compañero, se había olvidado de pesar el precioso cerebro.

Lo sacó del sulfato de zinc, y lo pesó. Pero como quiera que habían ya disueltos ciertos elementos, resultó que el cerebro de Gambetta no pesaba más que unos 700 gramos; lo que viene a pesar la masa encefálica de un cretino.

Se dice que el Dr. Laborde ha llegado hasta la hora de su muerte sin consolarle del desdichadísimo olvido.

Las soluciones en el próximo número

## SOLUCION

a los pasatiempos del número anterior

Jeroglífico.—Diminuto.

Problema de ajedrez núm. 10.

B	N
1.—D 3 R	1.—R 3 A
2.—D 6 R	2.—R 2 A
3.—D 8 A D (mate).	

Tarjeta.—Los Charros.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. P. del H. M.—Valencia.—El cuento está muy bien y queda aceptado.

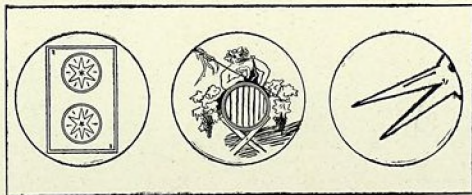
H. de L.—Su poesía es muy digna de ser publicada, pero ¡tenemos tanta! En fin, que da en cartera, y alguna vez habrá de salir.

A. V.—Barcelona.—El artículo es más propio de un diario político que de una publicación amena.

A. J. O. G.—Lima.—Queda en cartera su poesía.

Evaristo.—Madrid.—Lo que usted cuenta es muy interesante, pero para usted solo.

CHARADÍSTICO. por Novejarque



Cada uno de estos significados consta de dos sílabas, y con ellos se forma un todo de cinco sílabas que expresa un instrumento de física.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. \* INSÉRTESE O NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL "LA IBERICA", PLAZA DE TETUAN, 50.-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

ESPAÑA



INFANTERÍA: TAMBOR DE LÍNEA